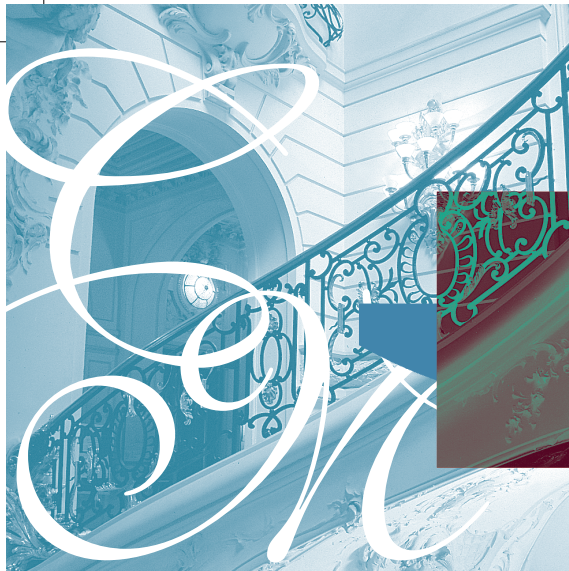




A SU SERVICIO

Nuestra Sociedad

Mi última carta a un gran amigo: a RAMÓN MUÑOZ-GONZÁLEZ Y BERNALDO DE QUIRÓS que se nos fue, sin apenas darme ocasión de decirle adiós.

Querido Ramón:

Hace tanto tiempo que nos conocimos, que yo ya no sé, con exactitud, en qué año tuve la fortuna de serte presentado por aquel maravilloso grupo de amigos y compañeros que formábamos, y algunos aún seguimos formando la veterana Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Pero de lo que sí guardo un recuerdo imborrable es de la especialísima “sensación” que experimenté al hablar contigo por primera vez.

Noté, inmediatamente, que estaba ante un hombre extraordinario, distinto al común de los habituales interlocutores de cualquier tertulia o reunión.

Sentí, de un modo indefinible, pero claro y seguro, que hablaba, ante todo, con un hombre digno, fiel a sus principios, amante de la verdad y de la rectitud, enamorado de su profesión de jurista, de juez.

En una segunda impresión, supe de tu enorme capacidad de trabajo, de tu terquedad en la lucha por la defensa de la justicia, y por la igualdad de todos los seres humanos, de tu amor por la causa de la cultura y la educación, o dicho de un modo más amplio pero más preciso, de la formación. No en balde, el Tricentenario lema de la Matritense, que durante tanto tiempo, tan bien presidiste, reza así: “Socorre enseñando”.

Y supe, entonces, de tantas y tantas virtudes que siempre te adornaron, y que tú, siempre tan bien disimulaste y escondiste tras tu mirada penetrante y seria, cuando convenía, o entre tu sonrisa, amplia y generosa, mezcla de tu personal y bien intencionado buen humor, y de la pícara socarrería del buen paisano asturiano, que nunca dejaste de ser.

Tal vez tú ya te hayas olvidado de aquel primer encuentro; pero yo no.

Porque después de aquel día vinieron muchos otros en los que trabajamos juntos, discutimos juntos, comimos juntos, sufrimos juntos, reímos juntos ... En fin, vivimos próximos en pensamiento y en acción.

Al recordarlo, ahora, me entra como una especie de remordimiento porque creo que nunca te dije, con palabras, (con hechos, sí; de eso estoy seguro), lo mucho que te aprecié y que te quise siempre, lo mucho que te admiré siempre, y el profundo y sincero agradecimiento que siempre te profesé por tus enormes y valiosas, por tus delicadas e infinitas atenciones.

Tú me aceptaste como amigo; me reclamaste como colaborador, me animaste y me empujaste, como compañero, a hacer cuanto creías que yo debía acometer; y, en definitiva, me demostraste, constantemente, que, en todo, podía contar contigo.

Y claro que conté contigo. Y mucho.

Porque de tu claridad y rectitud de ideas, de tu amor al trabajo bien hecho, de tu tenacidad en defender tus convicciones, aprendí lecciones impagables que me fueron, muchas veces, muy útiles; más aún, imprescindibles, a lo largo de mi vida.

Aunque otros olviden tu magisterio y tu obra, yo no puedo ni quiero olvidarlos jamás.

La Matritense y el Alcaucil, (y tantas y tantas otras instituciones que a ti te deben parte de su vida), y, últimamente el Casino, nuestro viejo y maravillosamente nuevo Casino de Madrid, eran lugares habituales de encuentro y reunión, donde, cada vez, y sin proponértelo, me enseñabas algo del enorme acervo de tu saber de hombre, de hombre cabal, de hombre sabio; y, sobre todo, de hombre de bien.

Porque eso fuiste, a lo largo de tu larga existencia: un hombre total, un hombre íntegro, un hombre bueno y generoso, a la vez que firme e inmutable en sus creencias.

No es este el lugar, ni soy yo quien, para asumir la gran responsabilidad de hacer el panegírico que se te debe; pero quede,

al menos, constancia de mi testimonio de tus muchas virtudes, de tus inmensos méritos, de tus innumerables valores, y de tu continuo comportamiento intachablemente altruista, nunca suficientemente reconocido.

En lo personal, puedo afirmar que, con el tiempo, nuestro conocimiento se hizo amistad; y ésta dio paso al afecto sincero y sentido. Y me consta que recíproco.

Un día nos dijiste que no te encontrabas bien. Yo hice intención de ir a verte; y, entre tanto, preguntaba por ti, cada poco, a todos tus familiares y amigos. E incluso, de vez en cuando, nos dabas la sorpresa de aparecer, permanentemente renacido.

Por ellos, y por ti mismo, fui sabiendo que no acababas de mejorar; pero no pude imaginarme que ya no tendría ocasión de volver a hablar contigo.

Por eso, y como escasa y humilde reparación a mi descuido, te mando esta sencilla pero muy afectuosa carta a la celestial morada donde ahora estás, y donde te imagino ocupado en organizar alguna actividad para los ángeles y los arcángeles.

Y seguro que ya habrás organizado, también, alguna amena, polémica e interminable tertulia, similar a la que compartimos, durante muchos años, aquí, en aquel rincón tan nuestro del Casino de Madrid, que tanto te gustaba.

Todo esto, lógicamente, son suposiciones mías. No lo sé con certeza; pero de lo que no me cabe la menor duda es de que, en cualquier caso, no estarás ocioso, no permanecerás inactivo; pues seguro que, ni aún ahí, te podrás quedar quieto nunca.

Seguro que algo estará tramando. Algo constructivo y excepcional. Algo que, desde luego, será útil para todos los demás; aunque a ti cueste tu tiempo, tu esfuerzo, y algunas otras cosas más que yo desconozco. Porque ahí no creo que gastes y desgastes tu salud y tu dinero, como tuviste que hacer aquí.

Y nada más, querido Ramón.

Más que decirte adiós, debo decirte ¡Hasta luego!. No sé hasta cuando, porque yo no dispongo de mí mismo. Sólo Dios, como tú sabes, ya, mejor que nadie, dispone de todos nosotros.

Así que ... ¡Hasta que Dios quiera!

Pero, de momento, y de todos modos, créeme que, todo lo anterior, te lo digo con la mayor sinceridad; porque me nace del corazón; y desde luego, con todo mi afecto, mi admiración, mi respeto y mi agradecimiento.

Un fuerte abrazo de tu siempre buen amigo.

Mariano Turiel de Castro

Ramón Muñoz-González y Bernaldo de Quirós

Falleció el martes, 18 de enero de 2011. Fue Alcalde de Luarca, su tierra natal, Vicepresidente de la Diputación de Asturias, Gobernador Civil de Gerona, y Gobernador Civil de Sevilla, Magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Madrid, Secretario General de la Inspección Central de Tribunales, Presidente de la tricentenaria Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, gran Cruz del Mérito Civil... aunque para nosotros, fue ante todo, Presidente del Casino de Madrid, cargo que desempeñó desde julio de 2004 hasta diciembre de 2006.

Se fue como vivió. Sereno y tranquilo, junto a su familia y sus amigos, pilares férreos con los que siempre pudo contar. Su esposa, doña María Rosa Pérez del Río con la que compartió más de sesenta años de vida en común y sus hijos Ramón, Ramiro, José Luis y Sonsoles.

El viernes 28 de enero, a las 8 de la tarde, en la Iglesia de la Milagrosa de Madrid, se dieron cita más de medio millar de personas, de todas las edades y profesiones, en una emotiva ceremonia dedicada a su memoria, oficiada por don Gonzalo Lobo y el Padre Miguel, párroco de la Milagrosa. Las tres naves del templo se tornaron más altas y elevadas al inundarse con las voces del coro "Laudate Gentes", dirigido por Jason Levêque, acompañado al órgano por Catalina Oriol, y que interpretaron obras de Haendel, F. Schubert, Mozart, J. Newton, y Gabaráin Azurmendi. Tampoco faltó el sonido de la gaita que llegó directamente del centro Asturiano de Madrid, como prueba del aprecio de esta institu-

ción por uno de sus hijos predilectos que siempre llevó en el corazón a su tierra. El encargado de cumplir este deseo fue el jovencísimo gaitero, Gonzalo Fernández Ruiz de Zuazo que interpretó la Marcha Real y también el Himno a la Virgen de Covadonga, de la que don Ramón era un fiel devoto, y con cuyas notas finalizó el solemne acto.

Fue una ceremonia participativa como así lo atestiguan las palabras que pronunciaron el doctor Francisco López Pérez y el actual Presidente del Casino Mariano Turiel de Castro, ambos amigos muy cercanos; o sus propios nietos, Rosa, Ramón, Paloma y Leticia, al formular las peticiones. En total, más de 600 personas acudieron a la Milagrosa en una tarde invernal de viernes, fresca aunque apacible, que se tornó cálida por los afectos y los sentimientos que transmitieron cuantos se congregaron para recordarle. Desde la Revista queremos unir nuestro pesar al de familiares y amigos y evocar su figura como siempre era, afable y sonriente.

